

y el amor debiera quedarse toda una eternidad con aquellos á quienes amara en este mundo. Nadie respondió; pero se veían por todas partes miradas llenas de lágrimas y por todas partes se oían mal reprimidos sollozos, pues la humanidad, hasta en los más perversos latente, nos inspira siempre afectos de compasión al desgraciado y nos hace partícipes contra nuestra voluntad y contra nuestro albedrío de las ajenas desgracias. Un profundo sepulcral silencio siguió á las últimas palabras del regio reo; quien, más tranquilo y valeroso que nunca, levantó una voz llena é imperiosa de mando, y dijo: «Marchemos.»

Bajaban la escalera, y al bajar, encuentra Luis el conserje de la fortaleza, llamado Mathey. Dos días antes habían tenido una especie de disputa, originada por los pésimos tratos de que Luis se creía víctima, tratos abominables, en los cuales, no solamente se faltaba sin rebozo á los preceptos más rudimentarios de la cortesía; se faltaba también á los deberes más estrictos de la humanidad. Mas, imaginando una imposición de su agonia, el requerimiento continuo del perdón de sus enemigos, pequeños ó grandes, encaróse con Mathey el Monarca, sonriente, con grandísima benevolencia, y le dió excusas por haberle hablado durante las últimas porfías entre ambos con alguna vivacidad. Mathey contestó con despreciativa brutalidad al buen acuerdo del Rey, volviendo la cabeza, mal criado y muy cruel, para no procurarle ninguna clase de consuelo, ni hacerle ninguna manifestación de cariño. Por fin llegaron á la puerta del Temple. Luis iba solo, sin necesitar auxilio, ni apoyo de nadie. Unicamente, á cierta distancia, el confesor le seguía con aire devoto y murmurando las oraciones de rúbrica. Un momento aquel concurso debió pararse para que rodeasen al reo sus guardianes y desfilasen á su presencia la guarnición y los gendarmes del Temple. Luis aprovechó este momento; reconcentró sus ojos en la cerrada reja tras cuyas celosías estaban en la mayor desesperación y desconsuelo los suyos, toda su familia. El valor le marró por completo ante la evocación de seres tan queridos. La cabeza, como á impulsos de un vértigo, se le fué; debilitándosele, como si no quisieran llevarlo, sus piés; tembló su cuerpo como el cuerpo de un azogado; faltóle la respiración, pues se ahogaba cual si estuviera fuera del aire; flaqueáronle ambas rodillas y estuvo á pique de perder el sentido, no á la consideración del propio daño, á la consideración del daño infligido involuntariamente á su familia dejándola desamparada en esta horrible vida. Dos patios tuvo que recorrer y que pasar ante dos torres; al salir de la prisión entre soldados, gendarmes, guardias, artilleros, ginetes, bosques de picas y de bayonetas y de lanzas, línea de artillería y de arcones; tropas compuestas por todas las armas, y en tanto número, que se dirían, no reales, imaginadas. A la puerta del segundo torreón estaba una berlina que digeron ser la berlina del Alcalde. Sin embargo, no lo era. Dada la orden de que marchara el Rey al suplicio en tal vehículo perteneciente á las clases oficiales, y puesta en la *Gaceta oficial* esta orden, se revocó á última hora. Y no lo condujo, como varios historiadores pretenden, un coche de alquiler. El coche fué de Mr. Clavierie,

jefe ó ministro del departamento de Hacienda en aquella ocasión. Designada la berlina del Alcalde para tan trágico ministerio, se negó á darla el designado; y como los ministros de tal negativa se alarmaron, Clavierie ofreció su coche, y en el coche de Clavierie fué Luis á la muerte. Un publicista revolucionario escribía en la tarde misma de aquella ejecución estas palabras: «Capeto acaba de ir al suplicio en carroza. Antes de él iban los criminales al suplicio en carreta. De hoy en adelante quedará esta costumbre de la carroza para que no digan las gentes se han tenido mayores consideraciones con quien las merecía menos.» Dos gendarmes se hallaban de pie en la portezuela del coche, teniéndola por completo abierta. Uno de ellos, riendo al ver acercarse la regia persona, entra en el vehículo y se sienta muy sereno al vidrio. El segundo gendarme á su lado se coloca, después de haber abierto paso al Monarca y al confesor del Monarca, que se sienta en el testero. Una tradición engañosa pretende que los dos gendarmes representaban en la tragedia un papel terrible como encargados por la Comunidad y por los comuneros de apuñalar al reo en el caso de que un motín, popular ó pretoriano, quisiese apoderarse de Luis, para entregárselo muerto, creyendo la mayor desgracia posible que lograran llevárselo vivo. Algún fundamento de recelos tamaños tenían. Cuando el río suena, piedra ó agua lleva. Devotos del antiguo régimen monárquico, no conformados con la suerte corrida por este objeto de su culto, se habían juramentado para rescatar al Monarca de un golpe, y de un golpe también rehacer la Monarquía con este rescate. Ya conocen mis lectores al Barón Batz, cabeza de tal conjura, por habérselo presentado yo en otra sección de mi libro. Primero intentó sustituirse á la familia real dentro del Temple y facilitarle así la fuga como se la facilitaron á Juan II de Castilla los ascendientes famosos del Duque de Híjar. Habiéndoseles enredado la madeja de sus maniobras y rítóseles la urdimbre, apelaron al recurso de dar á mucha gente una muy temeraria consigna y redimir al Rey en su paso por la carrera: propósito tanto más difícil de cumplir cuanto que no había en las calles de París otro coche sino el ocupado por la regia víctima y no se permitía discurrir por las calles más personas que las personas en armas, reunidas con el fin de vigilar la triste ceremonia y obtener su riguroso cumplimiento y observancia tal y como la propusieran y prepararan los poderes públicos. Aquel Batz descendía de los señores que salvaran al fundador y jefe de los Borbones en la toma de una ciudad; y se creían obligados á cumplir con el descendiente iguales hazañas á las cumplidas con el ilustre rey gascón por sus remotos ascendientes. Para esto en el Boulevard había unos dos mil conjurados y sólo se presentaron unos doscientos, componiendo, al llegar la berlina con su reo á la puerta de San Martín, dos grupos, los cuales fueron requeridos por su jefe; mas nada en medio de aquellos formidables armamentos obtuvieron más que una dispersión irremediable y violenta.

Los revolucionarios más expertos y listos á una sustentaban que la muerte del Rey no podía superar en importancia y valor á ninguna otra muerte vulgarísima, pues tanto

valía condenar y ejecutar á un Monarca, reinante hacia poco en Francia, como condenar y ejecutar á cualquier otro ciudadano. Los sofismas con mucha facilidad se dicen y con mucha dificultad se demuestran. Aplicados á la vida real, revelan en el momento de su aplicación lo engañoso y falso de su ciencia. Aquellos mismos empeñados en quitar á la muerte del Rey transcendencia en sus palabras, se la centuplicaban ciegos con sus actos. Todas cuantas ventanas y puertas había en París á piedra y lodo cerradas; esbirros innumerables por todas partes extendidos; el despliegue de fuerzas como si la capital de su República fuese una fortaleza en asedio; el trueno tempestuoso formado por el redoble de los tambores y el movimiento de las armas, todo ello para custodiar la berlina en que iba un reo al patíbulo, mostraban cómo no se podía tratar de una ejecución y de una muerte ordinarias, cómo se trataba de un acto singular, importante á toda Francia y trascendente á cien generaciones. El Estado mayor de la Guardia Nacional confirma con sus órdenes nuestras reflexiones. Cada sección de las numerosas existentes en el organismo municipal dado á París por la revolución debía presentar veinticinco ciudadanas en armas y con diez y ocho cartuchos cada uno, todos amaestrados y apercebidos para las guerreras artes. Formando estos individuos la suma de mil doscientos milicianos, presentariase muy de mañana el día de la ejecución en el Temple, llevando un cartelito pendiente del costado con su nombre propio, su número de militar voluntario y el apellido de su jefe. Como el organismo municipal se divide en secciones, la guardia ciudadana se dividía en legiones. Cada legión daría un comandante y dos tambores á este grupo, el cual, después de haber formado en los patios del Temple, serviría para escoltar al reo. Y desde los calabozos regios al infame patíbulo distribuíase la fuerza pública en serie no interrumpida, serie sin solución de continuidad ninguna, compactamente colocada en los kilómetros de la luctuosa carrera. La quinta legión, acompañada de sus correspondientes cañones y cañoneros, se dilató desde las cercanías del Temple hasta la puerta San Martín; la sexta sección desde la puerta San Martín hasta la puerta Montmartre; la primera desde la puerta Montmartre hasta la calle Mirabeau; la segunda desde la calle Mirabeau hasta la puerta San Honorato; la cuarta desde la plaza San Honorato hasta la Plaza de la Revolución; la tercera en esta plaza hasta el puente giratorio que daba paso al jardín de las Tullerías, y desde este puente, formando un gran semicírculo, hasta la plaza de Neully; y cada cual de estas legiones dispondría unas reservas, las cuales guardasen el muelle sobre las líneas del Sena que lamen la calle de Borgoña; el puente nacional guarnecido también de cañones; los Campos Elíseos; la entrada del camino de Versalles; los estanques vecinos á la guillotina en los jardines cercanos; el Louvre; la casa del Ayuntamiento; el Tesoro nacional; la Caja de descuentos; el Arsenal; y todos los sitios, representantes no sólo de alguna importancia social, de la correspondiente importancia estratégica para el triste caso de una batalla. Y este alarde increíble de fuerzas aumentaba

en gravedad por el alarde, más increíble aun, de autoridad y de poder: No había un sitio entre los mencionados que no presentase formidable batería; ni batería que no tuviese la correspondiente dotación de artilleros, todos con la mecha encendida en las manos y el cañón al ojo. Ni durante los tiempos de la liga, cuando los españoles amenazaban París; ni durante las guerras feudales, en que iban los guerreros de oficio á saquearlo, asistidos de mesnadas extranjeras; ni durante las revoluciones municipales conocidas con el genérico nombre de la Fronda se halló la ciudad revestida de un aspecto militar semejante al que mostraba en día como aquel, en que no caían muertos los franceses cual moscas por defender esta ú otra causa, como el día en que inmolaban á un hombre solo; y este hombre, no de carácter vengativo, de compleción linfática y bondadosa índole. Sin embargo, corrían por los aires fórmulas sólo usadas y usuables en los sitios. A las ocho de la mañana todos los convocados debían estar en su puesto recordando que cualquier flojedad en la obediencia y cualquier aplazamiento y retardo en la observancia y práctica de sus deberes serían por manera horrible castigadas. Para comenzar el concejo fúnebre, ante la berlina del Monarca, irían cien gendarmes á caballo; y para concluirlo, cerrándolo, cien ginetes de la Guardia Nacional, educados en la Escuela Militar y con sus correspondientes cabalgaduras. Cualquier reclamación de los guardias aquellos debía ser presentada en el acto al Estado Mayor; y el Estado Mayor debía enseguida satisfacerla, pues todo parecía poco en bien de los que prestaban un servicio tan inapreciable como asegurar la muerte del Rey en bien de la República. Tal número de precauciones probaba cómo temían los revolucionarios el estallido de un movimiento realista. Con efecto, el barón Batz espera la hora propicia para impeler un pueblo generoso al rescate de un reo inocente. Las calles tortuosas y laberínticas se hubieran prestado á una maniobra de aquel género; mas tenían demasiado interés los convencionales en la realización de su empresa para no preferir la línea recta de los boulevares donde no podía ocultarse con facilidad la conjura, mientras podían moverse con desembarazo las tropas consignadas á su defensa. A esto se unía la prohibición de circular por las calles á los ciudadanos pacíficos que reemplazaban los esbirros comuneros. Nadie podía por las ventanas ó por los tejados mostrar la cara sin exponerse á un tiro. Nadie podía la línea de los soldados atravesar sin morir traspasado por las espadas ó colgado de las bayonetas. Ningún coche podía rodar por los arroyos de las calles hasta dos horas después de concluída la terrible ceremonia. Todo grupo de alguna consideración era dispersado; todo grito reaccionario cortado de una lanzada ó de un tiro. ¿Quién podía en tales condiciones intentar su salvamento? El Rey sin dificultad iba, pues, al suplicio.

Las precauciones tomadas con el fin de asegurar su custodia y guarda por los convencionales en requerimiento de que la sentencia capital se cumpliera sobre la persona del Rey, sugirieron á éste la ciega confianza de que no sería guillotinado. Así muchos histo-

riadores de la escuela radical atribuyen la serenidad imperturbable del buen Luis á la seguridad completa y absoluta de que le rescatarian del suplicio sus partidarios franceses ó los enviados de las gentes extranjeras á quienes interesaba su rescate. Póngase quien leyera estas líneas en su caso y comprenderá su error. Habiendo nacido y reinado bajo dos alas protectoras tan potentes como la religión católica y la religión monárquica, no podía comprender Capeto se hubieran destrozado y perdido para siempre, cuando su cuerpo aun transcendía en aquel momento al incienso quemado en las aras de aquellos altares, cuya desaparición radical no podía comprender y menos explicarse, desconocedor de las leyes universales y de las causas permanentes que habían producido el espíritu revolucionario, generador de las nuevas instituciones y leyes. Obsérvase cómo dentro de Versalles conspiraban los monarcas contra la humana libertad sin escrúpulo, creyéndose superiores al derecho; cómo hacia la frontera huían desde su palacio sin remordimiento en busca de un auxilio extranjero que requiriese sus armas y las emplease contra sus propios súbditos; cómo dentro de las Tullerías aun aguardaban la irrupción incendiaria y devastadora que los libros del Parlamento y de la Constitución, azotando la inquietud de los franceses por gobernarse á sí mismos cuando únicamente los imaginaban gobernables por sus reyes; cómo dentro del Temple aun esperaban ver llegar los ciegos emigrados, los escandalosos caballeros del puñal con los vencidos alemanes, á reabrir las puertas del Temple y ponerlos bajo la sombra del solio; cómo urdían y urdían innumerables conjuras para huir de sus prisiones y sublevar al pueblo en su favor; incapacitados por su educación y por sus creencias de comprender la virtud contenida en los esfuerzos permanentes del humano espíritu para redimirse de la doble coyunda sacerdotal y monárquica. No debe maravillarnos, pues, que muchos crean la tranquilidad imperturbable del pobre Rey; su estóica indiferencia en el proceso; la reconcentración dentro de sí mismo, contra el natural temor inspirado por los asomos de la muerte; aquel imperio sobre sus instintos de conservación; aquel regio menosprecio de sus verdugos; el apetito con que cenara en su capilla; el sueño que durmiera, provenían de su absoluta confianza en que sobre la cumbre de su holocausto descendería un auxilio, bien humano, bien divino, ya cualquier conjura política, como las llegadas á su conocimiento, ya cualquier ángel del cielo, como el que salvó al buen Isaac de la muerte, redimiéndole y salvándole á él, víctima de los crímenes revolucionarios. Mas, lo que principalmente debía dar á la extraña creencia margen, era el excesivo número de precauciones tomadas por la Convención para obtener la seguridad completa de su muerte próxima en el suplicio levantado por la fuerza política y el poder omnímodo de los convencionales. Y había motivos suficientes para que recelara la Convención del espíritu público muy trabajado en París por contrarias corrientes. Las hojas realistas llovían por todas partes como bajadas del cielo. Las damas de distinción formaban comisiones femeniles encargadas de redimir al Rey, entonces que no había

feminismo, permítasenos la bárbara frase, como ahora. Estas comisiones bajaban á entenderse con las vendedoras del mercado, impulsándolas á reinstalar la dinastía en Versalles, cuando ellas la extrajeran de Versalles conduciéndola con amenazas y vociferaciones de muerte al primer cautiverio en las Tullerías. Y así la Convención se arregló de modo que pudiese mano ninguna llegar hasta el Rey, ni tocarle siquiera, sino la mano del verdugo. Toda la gente hábil de París veíase consignada, como arriba digimos, por bandos varios á sus cuarteles, y desde sus cuarteles distribuida por todos los barrios. El no responder á esta consigna se consideraba un crimen merecedor de muerte y que no podía excusarse ni por tan valedera y justa razón como la razón de ausencia. Tachados de conspiradores, si no eran habidos, pagaban por ellos sus padres. Al pasar el Rey, aquellos seres vivos, y amen de vivos, móviles y locuaces, como buenos franceses, debían en estátuas funerarias trocarse, rígidos en una inmovilidad absoluta, mudos en un absoluto silencio. Nadie podía de París salir, ni en París entrar sino después de consumada la ejecución. Los mercados no se abrirían sino por la tarde siniestra de tan tremenda jornada y sólo por la tarde podrían ir las vendedoras á sus correspondientes puestos. El derecho de reunión sólo se permitió en París á los clubs regicidas, congregados desde la noche anterior en sesión permanente. Cada sección reunía un amplio y numeroso Congreso republicano apercebido para estimular y aguijonear el celo de los correspondientes legionarios. Enormes recompensas se decretan y ofrecen á quien delate una conspiración realista que amenace á la seguridad del gobierno republicano, impidiendo la ejecución de su gran enemigo, el Monarca. Ante el número de precauciones ideadas; ante tal arte de medidas violentas; bajo tal cúmulo de fuerzas acumuladas; frente al poder de un Estado fuerte, por la Convención dictatorial y despótica esgrimido, no había fuerzas humanas que valieran. El espíritu revolucionario había subido arriba las ideas y las fuerzas de abajo. La tradicional autoridad misma por los reyes aglomerada en siglos de siglos, se había vuelto contra los reyes. No tuvo nunca la vieja Monarquía un ejército tan leal como el ejército compuesto para su defensa por la Revolución francesa con su milicia ciudadana; no tuvo nunca una policía forzosa como la policía voluntaria formada por los clubs; no tuvo nunca un Parlamento de magistrados y notables como el Parlamento formado por la Convención; no tuvo nunca poderes tan múltiples como los que se arrogaron aquellas comisiones revolucionarias, cuyas fuerzas sociales se parecían en el mundo á las fuerzas mecánicas en el Universo. Todo este poder condensado por los Reyes sobre la cabeza del Estado se había vuelto contra los reyes y éstos no le comprendían.

La carrera fúnebre de la víctima se agravaba en su natural tristeza con aquel tronar continuo de las cajas de tambores y de las cajas de artillería, cortando aquel enmudecimiento del gárrulo París, análogo con los pasajeros silencios oceánicos en el planeta y con los perdurables silencios celestes en la inmensidad. El estruendo militar bajo la mudez del